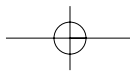
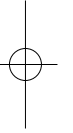
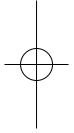
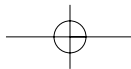
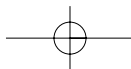
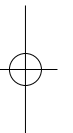
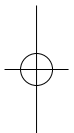


Anuario
ASIA
PACÍFICO





Geopolítica - Seguridad



Las relaciones estratégicas en Asia-Pacífico

Manuel Coma,

Investigador Principal, Área de Seguridad y Defensa del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos

Asia se está convirtiendo en el eje estratégico del planeta porque en ella convergen cinco de los seis candidatos a superpotencias del mundo del futuro, entre los cuales los dos más importantes, Estados Unidos y China; el primero de hecho, el segundo potencialmente, de acuerdo con las expectativas. EEUU tiene la primacía y es el hegemón regional en la misma medida en que lo es a escala del mundo entero. Está tan por encima de todos los demás, lo que no es propiamente una superpotencia sino una "hiperpotencia", como definió el ex ministro de Exteriores francés Hubert Vedrin. Los demás, Rusia, Japón, India y el único no asiático, Europa, buscarán la promoción de sus intereses en alianza con el grande o coaligándose contra él. Pero son tales las inquietudes y recelos que el rápido ascenso de China suscita que las actitudes ante el hegemón vienen condicionadas por el posicionamiento respecto al viejo "imperio del centro". Conciliación e incompatibilidades de intereses, ideologías, caracteres y tradiciones nacionales junto con la habilidad diplomática serán parte del juego. No hay garantías de que éste sea en todo momento pacífico. Motivos para la esperanza los da el desprestigio internacional, pero muy desigualmente distribuido, de la guerra como método para resolver diferencias y la enorme letalidad de un choque militar entre colosos. Pero las apuestas son muy altas, el juego muy duro y los errores de cálculo siempre posibles. Las lecciones de la historia resultan más bien desalentadoras. En similares balanzas de poder, en ámbitos territoriales de carácter regional, las ambiciones contrapuestas han hecho saltar chispas que han dado lugar a guerras.

Por otro lado Asia es ya hoy día el reverso de Europa por la abundancia de sus tensiones y conflictos y no sólo entre los más poderosos. Hay revueltas internas que a lo largo de los años se han vuelto endémicas pero que sólo corroen de manera inmediata y directa al Estado que las padece, como en Filipinas, en Sri Lanka o recientemente en las áreas musulmanas del sur de Tailandia. Diversas tensiones bilaterales podrían desbordar hacia su entorno. Sobre la que enfrenta a la India y el Pakistán por Cachemira se cierne el amenazador espectro nuclear. La pugna norcoreana e iraní por hacerse con el fuego atómico podría terminar en una

intervención americana, con todas las incertidumbres que cabe imaginar, o en una nueva y deprimente demostración de la inanidad del sistema internacional, acompañada de la pesadilla de las correspondientes carreras de armamentos nucleares a escala primero regional, pero con todas las posibilidades de expansión que pueden pensarse. Otras amenazas son difusas, extraterritoriales, no estatales, como el terrorismo *yihadista* en gran parte del Sudeste Asiático.

Ninguna de estas promesas infernales tienen por qué hacerse inexorablemente realidad. Depende de todos los participantes. Pero conocer los riesgos y peligros es el punto de partida, la condición *sine qua non* para poder soslayarlos. Los autores de este apartado del Anuario presentan un

panorama muy completo y detallado de los motivos de inquietud en el área. Pero por encima de los casos concretos de fricción violenta o que fácilmente puede transformarse en

"Asia se está convirtiendo en el eje estratégico del planeta porque en ella convergen cinco de los seis candidatos a superpotencias del mundo del futuro"

tal, está la configuración estratégica general de la región, en flujo continuo y con alcances mundiales, que proporciona el marco de los conflictos y las líneas de su posible escalada. De los seis potenciales componentes mayores de un futuro sistema de equilibrio de ámbito planetario Europa es el único geográficamente externo a la zona, lo que estratégicamente no sería muy relevante en el reducido mundo en el que vivimos si no fuera igualmente ajeno en el plano psicológico. Que la geografía domine la perspectiva estratégica del viejo continente responde a su falta de capacidades militares y políticas y del éxito de sus vivencias conciliadoras. El enanismo militar condiciona el corto alcance de su visión, cortedad potenciada, en sentido limitativo, por una experiencia de superación del conflicto intracontinental que alimenta las ilusiones de su exportabilidad sólo por la fuerza del ejemplo.

No sabemos que deparará en este plano, a largo plazo, el rápido desarrollo de las relaciones comerciales entre los dos extremos de la masa eurasiática, pero en un futuro previsible no se ve un interés europeo por tomar parte activa en el movimiento de las placas tectónicas de la geopolítica asiática, en la medida en que esas placas presenten aristas militares. Europa no parece sentirse muy directamente afectada

Geopolítica - Seguridad

por un hipotético choque entre la India y Pakistán, por las consecuencias de la política China respecto a Taiwan o por una carrera de armamentos nucleares en el Extremo Oriente. Sólo lo que suceda en el más próximo levante mediterráneo parece concernirle directamente. En parte, al menos, es un ajuste de las ambiciones a las posibilidades. Como la zorra con las uvas.

Europa, pues, de manera directa no va a desempeñar de momento un papel en el panorama estratégico de Asia. Pero eso no quiere decir que sus actitudes carezcan de incidencia en la región. La baza europea se juega en las relaciones trasatlánticas. Es decir, en la elección de bando con respecto a los grandes actores de la partida asiática. Si actúa revitalizando aquellas relaciones, buscando colaborar con el hegemon en la tarea de mantener la estabilidad preservando los principios de orden internacional que civilizacionalmente son propios a ambos socios pero que hoy se han convertido en universales, la capacidad de acción de los Estados Unidos aumenta, no tanto por la pequeña colaboración militar que puedan aportar los europeos como por el plus de legitimidad que añade a las iniciativas estadounidenses. Esa asociación implica, ineludiblemente, aceptar el liderazgo americano, lo cual significa, con no menor necesidad lógica, apuntalar su privilegiada preeminencia. Si por el contrario, como en Irak, los países líderes en Europa consideran prioritario frenar la excesivamente poderosa locomotora norteamericana y restarle vapor, abrigando, en el fondo, la esperanza de que siempre le quedará el fuelle suficiente para sacarlos del apuro si las cosas se ponen feas, estarán deslegitimando la actuación americana y por ende rebajando su eficacia.

Como antes apuntábamos, una experiencia difícilmente transferible y una impotencia militar indeseadamente superable convergen en alimentar la confusión entre pacificación y apaciguamiento. Europa parece destinada a un susto estructural ante toda iniciativa americana que busque el objetivo final de la estabilidad trastocando de inmediato un status quo que se vea como peligrosamente antidemocrático. Su instinto es ver insensatez aventurista, cuando no, por añadidura, imperial prepotencia, en todo intento radical de cambio. Su impulso, casi reflejo, es actuar de freno y contrapeso. Naturalmente, esto es un promedio. Europa es un agregado políticamente poco homogéneo de individualidades diversas. La voluntad de sus miembros principales sigue

pensando más que la del conjunto. Todo ello complica la toma de decisiones pero también le da fluidez. Aunque una asunción de responsabilidades geopolíticas en Asia, que es lo mismo que decir en el tablero mundial, no sea visible en la línea del horizonte, la implicación económica de Europa en el Oriente crece deprisa de año en año y eso no dejará de tener implicaciones en otros planos. Pero a largo plazo. De momento, o potencia, o complementa, o restringe la acción norteamericana.

Los demás grandes actores de la escena mundial se asoman a las aguas del océano Pacífico, o casi (la India). Estados Unidos es más que el número uno, es la potencia indispensable, como muy acertadamente la definió Madelaine Albright, secretaria de estado en la segunda presidencia de

Clinton. Todo se ha de hacer con ellos o contra ellos. Representan la estabilidad pero no el inmovilismo. Favorecen la evolución hacia la democracia y las economías abiertas de mercado. Es, por lo general a su pesar, el guardián del orden mundial. Ese papel tan denos-

tado en otras partes es considerablemente aceptado en Asia. No siempre ni incondicionalmente, pero la inquietud que suscita la creciente vitalidad del dragón chino ha llevado a muchos asiáticos a redescubrir el interés de una proximidad a Washington, sobre todo en temas securitarios. La

alianza Estados Unidos-Japón no ha hecho más que reforzarse en los últimos tiempos. Los filipinos realizan maniobras conjuntas con la marina norteamericana y está pensando en facilitarles bases una década después de haber despedido a los *marines*. Singapur constru-

ye un muelle para que pueda atracar un portaviones de la séptima flota y hasta Vietnam está pensando en volver a prestarles la gran base de Cahn Ram Bay que los norteamericanos construyeron durante la guerra y los soviéticos posteriormente disfrutaron. Por su propia naturaleza y papel, Estados Unidos son un activo conocido, previsible.

La gran incógnita de Asia reside en China. Salvo en población no son los primeros en nada. En renta per cápita son todavía pobres y, dadas las desigualdades domésticas, las regiones del interior lo son mucho. En PNB están entre España e Italia, pero como una gran parte de su riqueza proviene de la exportación e invierten las divisas así adquiridas en valores extranjeros, su impacto en la economía internacional, sobre todo en sus tres principales socios comerciales y competidores geopolíticos –Japón, Estados Unidos y

“ Europa (...) de manera directa no va a desempeñar de momento un papel en el panorama estratégico de Asia. Pero eso no quiere decir que sus actitudes carezcan de incidencia en la región. La baza europea se juega en las relaciones trasatlánticas. ”

“ La inquietud que suscita la creciente vitalidad del dragón chino ha llevado a muchos asiáticos a redescubrir el interés de una proximidad a Washington, sobre todo en temas securitarios. (...) Por su propia naturaleza y papel Estados Unidos son un activo conocido, previsible. ”

Europa— es desproporcionada respecto al monto de su riqueza nacional. En gasto real en defensa es posible que sean ya la segunda potencia del mundo, con menos de una quinta parte de lo que los norteamericanos invierten en el sector, pero acercándose de año en año. A pesar de sus limitaciones presentes, su masa humana, la velocidad de su crecimiento en los últimos 20 años y el determinante peso de su experiencia como la nación/civilización más antigua con continuidad histórica, hacen que a los ojos de todos China aparezca como la clave de Asia y, a no muy largo plazo, del entero mundo. La profecía de Napoleón, que no era original y otros muchos repitieron, parece estar a punto de cumplirse: “El día que China despierte el mundo se estremecerá”. Algunos escalofríos empiezan a percibirse.

China tiene una larga y profundamente arraigada tradición imperial. Está acostumbrada a mandar y a recibir pleitesía de cuantos la rodean. Su contacto con Occidente tuvo la forma de una irrupción indeseada y traumática en su esfera que ha dejado grandes resquemores. El comunismo ha tenido mucho de desquite. El régimen actual es un problema a la medida del gigantismo del país. No es pensable que pueda mantenerse indefinidamente. Por su carácter mixto y su contradictoria definición se ve afectado de una inquietante provisionalidad. En lo económico, capitalista pero sólo a medias liberal y comunista, pero desideologizado en lo político. Su única salida es legitimarse mediante el desarrollo económico y el nacionalismo político. El crecimiento casi desbocado crea enormes desigualdades que no sólo chocan frontalmente con el comunismo nominal sino que son socialmente insostenibles para cualquier sensibilidad moderna. La imposición de la racionalidad económica sólo puede hacerse a costa de la creación de un paro muchas veces millonario, mientras que al desarrollo le lleva su tiempo generar empleo suficiente para compensar los empleos —económicamente artificiales y gravosos— que de momento destruye.

En una civilización tan orgullosa de sí misma y con tantos ribetes de xenofobia, el nacionalismo está a flor de piel y es un recurso tan fácil de movilizar como difícil de controlar. La reacción al bombardeo, casi con seguridad accidental, de la embajada china en Belgrado durante la guerra de Kosovo, en el 1999, proporcionó un atisbo de lo que puede dar de sí esa fuerza. Las frecuentes manifestaciones antijaponesas —con el pretexto de que Tokio no ha expresado suficientemente su arrepentimiento por sus desmanes— constituyen la muestra más reciente de ese fuego en rescoldo. Pero más allá de las arriesgadas posibilidades de manipulación de los sentimientos colectivos, el liderazgo y el país entero tienen indudables ambiciones. Un lugar bajo el sol sería la manera

más modesta de expresarlas. Dada su magnitud y el hecho de que ha vivido mucho tiempo aislada, nada puede parecer más razonable. El problema es que acomodar a un recién llegado tan voluminoso obliga a desplazar a todos los que ya estaban. Si encima llega con reivindicaciones tan grandes como antiguas, el problema se magnifica. La parábola puede no ser muy precisa. No se trata exactamente de un juego de suma cero. Pero no será posible satisfacer todas las ambiciones chinas sin que otros cedan. Y lo vidrioso de la cuestión es que algunos de esos otros ocupantes de espacio reclamado están también en fase afirmativa.”

De momento Beijing ha decidido concentrarse en lo que le parece el mínimo menos discutible: Taiwan. Algo tan razonable como una reunificación nacional. Sólo que la otra parte no quiere. Tampoco querían los habitantes de Hong Kong, muchos, prófugos del maoísmo. Pero los británicos agotaron sus 99 años de mandato y tuvieron que decir adiós a una situación amargamente añorada por sus súbditos coloniales. A los taiwaneses les separa de la madre patria menos tiempo pero bastante más de espacio, aunque con propiedad se llame Estrecho. Lo suficiente para resistirse mientras los continentales no se hagan con los instrumentos militares necesarios para colmarlo. O más bien mientras los norteamericanos sigan dispuestos a impedirse-lo. Dispuestos y capaces, porque con la modernización militar de China la cosa se complica de año en año. A lo que los jefes comunistas no parecen dispuestos es a convenir por las buenas a los compatriotas discolos. Y Estados Unidos mantiene su política de “una China”, pero sólo por las buenas.

La cuestión de Taiwan tiene todas las complejidades propias de los nacionalismos. Los taiwaneses no ponen en duda ser chinos en cuanto a cultura, pero actualmente una mayoría se pregunta por qué ese hecho ha de llevarles a renunciar a una identidad nacional propia. No hay otra civilización que políticamente constituya un estado nacional único. China ignoró a la isla de Taiwan durante la casi totalidad de su historia milenaria. Estaba poblada por tribus polinesias primitivas y fue “descubierta” en el XVII por los españoles que se establecieron durante un par de décadas en el Norte y luego pasó a manos portuguesas. Los nuevos dueños, admirados por la hermosura de su naturaleza, le dieron su nombre internacional: Formosa. Para poblarla los lusitanos atrajeron a colonizadores de la vecina provincia de Fujian, de cuyo idioma deriva el taiwanés, hoy día hablado por todos los habitantes, incluidos los que descienden de los nacionalistas continentales llegado con Chang Kai-Shek, los cuales durante más de una generación dominaron a los locales. Los japoneses fueron protagonistas de una ocupación que no

“ No será posible satisfacer todas las ambiciones chinas sin que otros cedan. Y lo vidrioso de la cuestión es que algunos de esos otros están también en fase afirmativa.”

Geopolítica - Seguridad

dejó mal recuerdo entre los isleños. Así pues Taiwan dista mucho de ser una parte integral de la China eterna. Como tantas veces sucede en pleitos de esta índole las cosas no son tan claras como cada nacionalismo antagónico pretende. Cada parte tiene sus argumentos y todos tienen un grado de validez.

En todo caso los taiwaneses pueden apelar a poderosos motivos democráticos para resistirse a la absorción. El régimen de "un país dos sistemas", como era de temer, no ha funcionado nada bien en Hong Kong, a pesar de ser el escaparate con el que se pretendía deslumbrar a los independentistas de allende el Estrecho. A Beijing le ha importado mucho más el elemento de unidad que el de dualidad. Si la China continental se dejase conquistar por la democracia de la isla, la reunificación del país podría realizarse mucho más dulcemente. Ese es el verdadero desafío y el único que se puede resolver pacíficamente.

Otras muy distintas parecen ser las intenciones de Beijing. Todo su gran esfuerzo militar está enfocado directamente hacia Taiwan. Y el esfuerzo es verdaderamente grande, con incrementos del presupuesto de defensa que exceden claramente la tasa de crecimiento económico, ya de por sí enorme, situándose en los últimos años en el 12%, al menos dos puntos por encima del progreso general de la riqueza. El presupuesto para el 2005 roza los 30 mil millones de dólares EEUU, pero los chinos sustraen partidas muy importantes de sus cuentas oficiales de defensa, como las adquisiciones de material. Algunos analistas calculan que el gasto real puede llegar a ser más del doble de esa cifra. Los números son un expresivo índice de prioridades. El potencial militar precede en el orden de intereses a la economía.

La distribución de ese voluminoso gasto ha experimentado también desde hace años una importante reorientación. El masivo ejército de tierra ha sido parcialmente arrumbado a favor de la marina, la aviación y la misilística. Todo ello mirando siempre hacia la isla disidente. Frente a ella los populares han desplegado baterías de misiles a lo largo de toda la costa. Los nacionalistas han tratado de darles la réplica con un despliegue similar de sistemas antimisiles, con pocas esperanzas de adecuada neutralización de peligro, puesto que desde el continente se podría llevar a cabo la operación táctica que los artilleros norteamericanos denominan "winchesterización": concentrar un ataque simultáneo de todas las fuerzas en una zona reducida del dispositivo rival, saturando así las defensas en esa área de modo que una parte de los ingenios atacantes puedan penetrar incólumes. Por otro lado la diplomacia china se opone con todas sus fuerzas a que los norteamericanos proporcionen a su protegido tecnología avanzada anticohetes, en cuyo desarrollo estarían sumamente dispuestos a colaborar tanto taiwaneses como japoneses. Beijing va también

haciéndose con misiles antibuque, submarinos de ataque y bombarderos que puedan amenazar seriamente a una flota de EEUU interpuesta en el medio del Estrecho, lo suficiente como para disuadirla de ocupar una posición tan arriesgada. Más lentamente están desarrollando también capacidades anfibas para estar en condiciones de invadir la isla, cosa para la que todavía no están preparados.

La segunda prioridad estratégica que guía la inversión militar es la de la protección de las vías de aprovisionamiento de petróleo. Esto se ha convertido en algo próximo a una obsesión para el liderazgo de Beijing. El país es sumamente deficitario en fuentes de energía, pero su necesidad es perentoria para sostener el crecimiento económico. Esa situación les hace sentir sumamente vulnerables, y es percibida como un problema de seguridad de primer orden. La diplomacia económica se ha lanzado a tratar de garantizarse un acceso directo a la producción, mediante la firma de acuerdos bilaterales y el establecimiento de importantes inversiones extranjeras. Esto ha llevado a Beijing a comprometerse con algunos de los regímenes menos presentables del mundo, apoyando pasivamente a los sudaneses en su sanguinaria política en Darfur o al déspota Karimov en su represión de protestas civiles en el este de Uzbekistán. También por intereses de seguridad Washington se ha mostrado reacio a la condena pero a Beijing sólo le ha faltado aplaudir. Precisamente la penetración americana en Asia Central, fuente de aprovisionamiento y zona de tránsito del indispensable oro negro, es percibida en China como una situación de cerco. En todo caso, como la mayor parte de sus necesidades se cubren por vía marítima, el rápido desarrollo de una marina de guerra oceánica es uno de los principales objetivos militares. Lo cierto es que esos activos navales son igualmente útiles para mantener el acoso sobre Taiwan o las reivindicaciones respecto al mar de la China del Sur, importante estratégica y económicamente.

A todas esas señales objetivas de sus intenciones respecto a la isla, que no necesariamente tienen por qué desembocar en el uso de los instrumentos militares pero que siempre tienen un alto valor intimidatorio, el Congreso Nacional del Pueblo ha añadido en marzo del 2005 una "Ley antisecesión" que proclama taxativamente el derecho a usar la fuerza en el caso de que Taipei se declare independiente o de que se agoten todas las posibilidades diplomáticas para evitarlo, siendo la segunda una condición francamente ambigua que le proporciona a Beijing un gran margen de discrecionalidad.

Esa ley puede situarse, al menos a corto plazo, en un punto de inflexión de la política internacional del gran país asiático. Tras el elevado nivel de tensiones a las que se llegó a comienzos de la primera administración Bush por el accidente del avión espía americano que tuvo que aterrizar en

la isla de Hainan, Beijing decidió aprovechar a fondo la reacción americana a los ataques del 11 de septiembre para suavizar las relaciones mutuas y difuminar su áspero perfil en la pantalla americana, subiéndose al carro de la guerra contra el terror, de la que además podía obtener algunos réditos directos, como el silenciamiento de las críticas contra su represión del movimiento uigur, en la región occidental de Xinjiang, que contiene algunos elementos islámicos.

Además de esta apreciada colaboración, Beijing ha "echado una mano" a Washington en otro tema de interés mutuo y extremadamente delicado para la administración Bush: el programa nuclear de Corea del Norte. Enzarzados en la ocupación de Irak y habiendo considerado un fracaso el enfoque que los equipos de Clinton le dieron al problema, los responsables norteamericanos se decidieron por implicar en el intento de solución a todas las potencias

circundantes y por tanto directamente concernidas por los planes del comunismo norcoreano, reuniendo así a las dos Coreas y a cuatro de los grandes: el propio Estados Unidos, China, Rusia y Japón. China se prestó desde el primer momento a desempeñar la función de maestro de ceremonias, ofreciendo su capital como lugar de reunión. Simultáneamente, Beijing tomaba parte en la gran coalición antiamericana que ha rodeado la intervención en Irak. Si la guerra contra el terror ofrecía una oportunidad para limar asperezas, la de Irak servía para frenar a los norteamericanos y procurarse socios antihegemónicos. Y todo ello tenía lugar cuando el extraordinario crecimiento económico y la multiplicación de lazos internacionales parecían alcanzar un punto de madurez que reforzaba la confianza del liderazgo chino y lo impulsaba a un relanzamiento de sus aspiraciones. 2004 viene a representar ese momento. Quizás 2005 pueda significar que esa confianza es todavía un poco prematura.

La colaboración con Estados Unidos sobre el tema nuclear de Corea del Norte está haciendo aguas. Los chinos no ejercen la presión que Washington desearía. Su capacidad en ese sentido es enorme. Pueden de la noche a la mañana cerrar el grifo del aprovisionamiento de energía para el magro consumo de los paupérrimos norcoreanos, pero prefieren mantener en jaque a Washington, enzarzado en un problema que absorbe buena cantidad de sus energías, siempre sobre la base del cálculo universal de que si las cosas se agravan siempre encontrarán el medio de resolverlo.

Otra de las apuestas diplomáticas chinas, la del levantamiento del embargo de venta de armas impuesto por la Unión Europea tras la represión en 1989 contra los manifestantes en la emblemática plaza de Tiananmén, ha quedado parali-

zada. Era una operación a tres bandas. Junto al interés directo de las fuerzas armadas por adquirir tecnologías militares avanzadas con las que modernizar su industria de defensa, estaba también el de introducir una cuña entre Estados Unidos y Europa. Para algunos europeos, franceses y alemanes ante todo, hay también un doble interés. Junto a las ventajas económicas directas de un nuevo capítulo de la relación comercial está ese instinto europeo de limar las aristas de la irrupción de China en el mundo congraciando a sus dirigentes y satisfaciendo sus aspiraciones. La *realpolitik* se entremezcla con este serafico enfoque. Si no se renuncia al embargo, los que lo promovieron consiguen mejorar su posición nacional en Beijing.

"Mientras que Estados Unidos y Europa presionan para que se revalúe el yuan y se palie el desequilibrio a favor de China de sus balanzas por cuenta corriente, las fisuras tras la brillante fachada económica podrían desembocar en una crisis pavorosa, literalmente de consecuencias incalculables."

En juego están poderosos intereses materiales por los que compiten los miembros de la Unión. Pero los Estados Unidos pusieron el grito en el cielo. A pesar de todas las restricciones y cautelas con las que se pretendía acompañar el levantamiento,

los aliados de EEUU podrían estar vendiendo armas o tecnologías para fabricarlas, y algún día, si la crisis se precipitara en el estrecho de Taiwan, podrían ser usadas contra los soldados norteamericanos.

Mientras que todos los vecinos de China se preocupan por su marcha ascendente, se sienten forzados a sostener carreras de armamentos para no quedarse demasiado atrás en medios defensivos y tienden a cobijarse en el manto protector norteamericano, existen otros peligros de naturaleza económica que podrían tener su correlato en el campo de la seguridad. El desbocado crecimiento chino tiene fundamentos endebles y las contradicciones del sistema político-económico pueden llegar a ser explosivas. El fuerte y arbitrario autoritarismo chapoteando en nuevos mares de riqueza propicia una corrupción rampante, lo que a su vez hunde el descrédito del partido único en abismos cada vez más profundos. La situación económica presenta algunas similitudes con el Japón de comienzos de los noventa, pero es más sistémica y grave. Todo el aparato financiero está al borde la quiebra, sostenido exclusivamente por la voluntad política. La banca oficial, única por el momento, está corroída hasta sus cimientos por préstamos irrecuperables a empresas estatales ruinosas cuya desaparición es imprescindible para mantener el ritmo de crecimiento y seguir atrayendo inversión extranjera. Pero la imprescindible eliminación de esas empresas supone lanzar al paro a millones de trabajadores inútiles en sus puestos actuales, pero que se quedarán indefensos en la calle porque los sistemas de protección social también han sido dilapidados.

Siendo estas las circunstancias reales, no es de extrañar que a pesar de la espectacularidad del crecimiento se esté pro-

Geopolítica - Seguridad

duciendo una fuga de capitales que tiende a emparejarse con la inversión extranjera que arriba al país. Mientras que Estados Unidos y Europa presionan para que se revalúe el yuan y se palie el desequilibrio a favor de China de sus balanzas por cuenta corriente, las fisuras tras la brillante fachada económica podrían desembocar en una crisis pavorosa, literalmente de consecuencias incalculables. Mil ejemplos históricos hay de cómo en esas circunstancias los responsables políticos experimentan la tentación de una fuga hacia delante mediante una sobrepuja nacionalista. En el caso de China el pretexto no hay que buscarlo. Sin contar la reivindicación del archipiélago de las Spratly que la enfrenta con todos los ribereños del Mar Meridional de China, o los problemas menores en Tíbet y Xinjiang –el Turkestan chino–, Taiwan cuenta con una presencia diaria.

Siendo todavía un poco más agoreros, pues un cierto grado de paranoia es inherente a la reflexión estratégica que siempre ha de explorar el peor de los casos aunque sea el menos probable, conviene recordar que China se ha partido varias veces a lo largo de su milenaria historia. La decadencia del poder central y las luchas intestinas han dado lugar en diversos momentos a una pluralidad de estados. A parte del antiguamente llamado mandarín, hoy “idioma nacional”, en el enorme país se hablan numerosas lenguas, no propiamente dialectos, estrechamente emparentados pero mutuamente incomprensibles. Identidades regionales y resentimientos económicos podrían saltar al primer plano. Todo esto hoy día parece impensable, pero por mínimas que sean las probabilidades que se le asigne, le corresponde alguna.

Y esto no es problema peculiar de los chinos. Otros grandes países asiáticos están compuestos por conglomerados étnicos infinitamente más heterogéneos que el viejo imperio del centro. Si es una osadía temeraria pensar en la fragmentación de China, la posibilidad de una implosión de Indonesia estuvo rondando los hechos a finales de los noventa. La gran diversidad étnica, la discontinuidad territorial propia de un enorme archipiélago y la escasez de vínculos históricos entre sus componentes la convierten en candidato natural a tan inquietante destino. Aunque Taiwan no vaya a ser un modelo para China, Aceh pudiera serlo para Indonesia. En Yakarta lo saben muy bien, de ahí su intransigencia con los rebeldes de esa punta noroccidental de Sumatra. Indonesia es una creación del colonialismo primero portugués y, acto seguido, holandés.

La India es igual o más heterogénea, pero además ya se partió en el momento mismo de su separación del imperio británico. Y Pakistán, así surgido a ambos extremos del subcontinente, pronto se dividió entre el país que conserva el nombre y su originaria parte oriental, hoy día Bangladesh. Es fácil descontar estas secesiones como parte de los

procesos de descolonización, pero cuando pensamos en seguridad no podemos descartarlas. Los conflictos internos, mencionados al comienzo de este capítulo y tratados en particular por otros autores, son de naturaleza separatista.

Esa posibilidad, respecto a los grandes, parece ahora estrategia-ficción. Lo que cuenta es el posicionamiento relativo, en el que las ambiciones propias interactúan con los recelos al predominio norteamericano que puede obstaculizarlas y el temor a las potencialidades chinas que podrían desbaratarlas. Cada uno trata de promover sus intereses al menor coste internacional posible. La tentación más obvia y más antigua es la coalición antihegemónica. A comienzos de los noventa Primakov, primer ministro de Yeltsin, trató de construir un triángulo Moscú-Beijing-Nueva Delhi, bajo la complaciente mirada de Francia. Pocos años después hubo un segundo amago. El problema era siempre el mismo. Lo que separa a Rusia y la India de China es más de lo que los une y cada uno necesita al antagonista, Estados Unidos, como mercado, fuente de capital y tecnología, más que a los otros dos hipotéticos socios. El triángulo nunca se hizo a la mar. La nueva situación en Asia se caracteriza porque China trata activamente de aplacar los temores que suscita de manera casi instintiva en todo su entorno. Y ahora la iniciativa es suya.

Aunque Rusia tiene la vocación, el acervo histórico y alguno de los medios de la grandeza, se halla en un proceso de encogimiento demográfico y geopolítico y en una transición interna penosa y prolongada que no se sabe a dónde puede conducirla pero que nadie espera que lo haga con rapidez. Salvo por su enorme masa territorial y su arsenal atómico, Rusia va perdiendo progresivamente su derecho al título de gran potencia. Con razón promueve el ingreso en el G-8 de su vecina, mucho mejor cualificada que ella para entrar en el club. Mientras Rusia ve como se esfuma su pretendida “esfera de influencia” en las ex repúblicas soviéticas, se siente impotente para detener la inmigración ilegal de chinos en las partes meridionales de su extremo oriente, que poco a poco va cambiando la composición étnica de la zona. Su meteórica adhesión a la causa norteamericana en la guerra contra el terror, tras el 11 de septiembre, y más específicamente su apoyo a la intervención en Afganistán, no le han producido los dividendos esperados, salvo un cierto grado de indiferencia ante los duros métodos que su ejército emplea en Chechenia. De nada le han servido para preservar su esfera de influencia. Más bien todo lo contrario, como testimonio la nueva presencia militar en Asia Central.

De ahí su interés por mejorar las relaciones con China, con la que comparte una retórica antihegemónica que enfatiza el papel del multilateralismo, sobre todo Naciones Unidas, y

del derecho en la vida internacional. Lenguaje en clave para expresar la insatisfacción por la preponderancia norteamericana. Pero el creciente diferencial de poder a favor su vecino oriental no tiene tampoco nada de agradable para Moscú. Venderle a China es una necesidad para los rusos, pero el contenido de ese comercio es también una muestra de las dificultades inherentes a las relaciones entre ambos. Rusia es el principal proveedor de material militar, grandes plataformas como aviones y barcos, principalmente. Ello contribuye a mantener la que todavía es una de las industrias de defensa más importantes del mundo, pero al mismo tiempo está armando a un seguro rival y quizás algún día enemigo. El otro objeto de comercio es el gas y el petróleo. La insaciable apetencia china le lleva a cortejar insistentemente a los rusos que, a pesar de la conveniencia económica, no se deciden a dar el paso estratégico de construir un oleoducto que atraviese la frontera común, mientras que han sido capaces de vencer repugnancias históricas respecto a Japón construyendo una terminal en las proximidades de Vladivostok. Esta preferencia por el antiguo enemigo con el que todavía existen pleitos territoriales y que recientemente ha reforzado sus lazos con América, es muy expresiva de la nueva realidad asiática de poder que el ascenso de China ha creado.

También Japón está interesado en el mercado chino, en el que realiza grandes inversiones y con el que mantiene una balanza comercial cada vez más deficitaria. Asimismo, Japón ve con creciente recelo el desarrollo del potencial militar sus vecinos. Es también una potencia decadente,

por su atasco financiero y su retroceso demográfico. Pero en lo económico sigue siendo el indiscutible número dos del mundo y puede permitirse medios militares mucho más poderosos. Y en ello está. La nueva realidad estratégica en Asia lo ha llevado a reforzar los vínculos de seguridad con Estados Unidos, de los que hace pocos años empezaba a dudar, a reinterpretar los preceptos pacifistas de su constitución, a desarrollar sus fuerzas de "autodefensa" y a plantarle cara a China en más de una ocasión, llegando, finalmente, a proclamar a Taiwan como un interés de seguridad propio. También a entrar en competencia con ella en la búsqueda de nuevas amistades, en la expansión de sus respectivas influencias en antiguos y recientes foros regionales. El creciente poderío económico de China no puede dejar de reducir la predominante cuota japonesa de presencia en el continente. Pero es también la única potencia capaz de mantener el tipo en una carrera de armamentos con China. Al margen de la evolución del problema norcoreano, peligroso en sí mismo, la gran cuestión es qué haría Japón si en su robustecimiento militar China pasase de su pequeño arsenal

nuclear, básicamente orientado a la disuasión, a un dispositivo mayor y con más capacidades agresivas.

La competencia entre ambos es la clave de las relaciones estratégicas en Asia, con Estados Unidos vigilando por encima, influyendo continuamente en la balanza. Según sus propias declaraciones, los chinos desean desarrollar una identidad asiática entre sus vecinos continentales, dentro de la cual dan por supuesto que ellos serán el elemento rector indiscutible e indiscutido. Como Francia y Alemania en una sola pieza o mucho más. Para ello tienen que desplazar a los norteamericanos y neutralizar a los japoneses. Está por ver que a los demás países de la zona el panorama les resulte interesante. Como ha sucedido durante tantos años en Europa, un poder externo, aunque siempre molesto, deja un margen de maniobra mayor y resulta mucho más tolerable que un vecino prepotente. Estados Unidos está en alza en Asia.

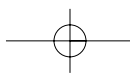
Beijing es muy consciente de que para llevar a cabo sus designios no debe asustar. Estabilidad ante todo fue la consigna de Deng Xiaoping tras la devastadora revolución cultural. Parece que ahora la hacen extensiva al campo internacional. Están firmando acuerdos de gran amplitud con rusos e indios que abarcan incluso la solución de los engo-

"Japón ve con creciente recelo el desarrollo del potencial militar sus vecinos. Es también una potencia decadente, por su atasco financiero y su retroceso demográfico. Pero en lo económico sigue siendo el indiscutible número dos del mundo y puede permitirse medios militares mucho más poderosos. Y en ello está."

rrrosos y siempre amenazadores problemas fronterizos. Con los japoneses hacen un juego más complicado. Presentan el rearme japonés como agresivo y el suyo propio como una mera respuesta. Alientan a través de su prensa, siempre oficial, un continuo resentimiento frente al nipón. Acusan al

Imperio del sol naciente de ser una potencia nuclear de facto, capaz de ensamblar una bomba en cuestión de días. Una manera de mantener en tensión el nacionalismo sin atacar directamente a los norteamericanos, lo que tendría muchos más inconvenientes.

La India, alejada de Asia Oriental, tiene una incidencia indirecta en las determinantes rivalidades del Extremo Oriente. Es un gigante a la espera de convertir en realidad todas sus potencialidades. Sus aspiraciones son regionales. Ya goza de hecho y quiere consolidar su posición de predominio en Asia meridional. El continente en su conjunto le queda todavía demasiado grande. Para China sería un flanco peligroso en caso de conflicto y se esfuerza por desactivarlo mejorando las relaciones y superando rencillas históricas. Nueva Delhi es cortejada por todos los grandes y se deja querer. No puede negársele uno de los atributos de la grandeza: su espíritu independiente. Prosigue sus conveniencias sin subordinarse a nadie. En ese contexto hay que entender el muy reciente entendimiento con China. No le ha conce-



Geopolítica - Seguridad

dido ningún tipo de derechos exclusivo. Con Rusia mantiene una relación fluida, heredada de la época soviética y centrada sobre todo en la compra de armamento, que en todo caso Nueva Delhi ha diversificado mucho. Estados Unidos se lleva la palma entre los pretendientes. Es el que más puede ofrecer y el que apuesta más decididamente por la satisfacción de las aspiraciones indias, al tiempo que modera la peligrosa rivalidad con Pakistán. Europa expone sus limitaciones en la carencia de una política para el subcontinente.

Recordemos para finalizar que mientras toda la reflexión estratégica y toda la acción política gira en Asia en torno a China, en cómo encauzar o contener –o preferiblemente ambas cosas a la vez–, su ascenso, sin embargo, no se puede descartar por completo que, dada su situación económica y política interna, pasados algunos años el problema sea exactamente el contrario, cómo gestionar el derrumbe económico y el estallido político y quién sabe si incluso la implosión nacional china.

